Narrativas juveniles sobre sexualidad y sida

María Martha Collignon Gorívar

ITESO

Los cambios sociales, culturales, económicos y políticos que constantemente son referidos por analistas de la globalización y la modernidad, se registran en planos distintos; algunos de ellos son evidentes, claros, contundentes, mientras que otros son sutiles e incluso podrían ser sólo evidentes a los ojos entrenados de quienes miran detenidamente las mínimas señales de transformaciones profundas. Así como se debate sobre la fuerza de lo global en los ámbitos y contextos locales, el impacto de la liberalización económica mundial en las economías familiares, las transformaciones de las estructuras e instituciones sociales como la familia y la escuela, que históricamente han asumido las funciones de socialización primaria de los miembros de las comunidades, se debate también sobre la emergencia de actores y movimientos sociales que hacen visibles las formas en que procesos característicos de los tiempos modernos influyen y transforman las prácticas sociales.

Dentro del mapa complejo de transformaciones y cambios sociales, ¿es posible pensar en los jóvenes como actores sociales de este cambio?, ¿es posible pensar que ellos son portadores y constructores de valores diferentes de aquellos característicos de generaciones anteriores? ¿Es posible pensar que uno de los cambios sociales importantes del mundo contemporáneo se esté registrando en el campo de la sexualidad?, ¿se vuelve necesario pensar que los

medios de comunicación, por ejemplo, con la difusión de información sobre la sexualidad y métodos de anticoncepción, han modulado una nueva sexualidad juvenil distinta a las anteriores? En este proceso de cambio, si es que es posible registrarlo, ¿ha influido la emergencia del VIH/SIDA?

Los cambios en diversos espacios y escenarios de la vida social (la familia, la escuela) han sido constantes en México. Se conoce la influencia de estas instituciones en la conformación de modelos y culturas en torno de las prácticas vinculadas con la sexualidad, los roles sociales y sexuales, pero en general se sabe poco sobre los aspectos más íntimos de la vida privada, especialmente los relacionados con la vida amorosa y la sexualidad, excepto aquellos aspectos que pueden ser encuadrados en el análisis de lo que Foucault denomina la cultura “represiva”, y los mecanismos de control y disciplina del cuerpo/la sexualidad.

Los comportamientos y las prácticas sexuales, las formas de expresión de la sexualidad, son quizá ámbitos en que se puede observar con mayor nitidez cómo las sociedades modelan y objetivan su cultura; la sexualidad es quizá uno de los campos simbólicos de mayor riqueza, y aunque sea vivida corporalmente, los cuerpos y sus prácticas tienen un significado cultural. La sexualidad no es un acto meramente biológico, las diversas normatividades de la vida sexual –y afectivo-amorosa– son prescritas y proscritas por diversos espacios, tiempos, modos y ritos.

¿Cómo perciben la sexualidad los jóvenes de entre 15 y 24 años de edad? ¿Qué valor le dan en su vida? ¿Cómo la viven y expresan? ¿Qué sentido tiene para ellos vivir su sexualidad en compañía de ‘otro’, a veces un otro cercano, a veces un otro lejano y extraño? ¿Qué piensan del VIH/SIDA cuando piensan y hablan sobre su sexualidad? ¿De qué forma enfrentan el riesgo de contagio de VIH/SIDA cuando viven su sexualidad o están en posibilidades de hacerlo?

La relación que los jóvenes establecen con su sexualidad, la forma como la viven, la expresan, la

valoran, y la percepción que tienen de y la relación que establecen con el VIH/SIDA, son mediadas por un conjunto de formas valorativas (significados) que los jóvenes construyen de un conjunto amplio de elementos y ámbitos de su vida presente y su visualización de vida futura, como lo son el amor, el trabajo, el estudio, la realización personal, los sueños, la salud y la enfermedad, la muerte, la vida.

Con este texto pretendo presentar unos primeros pincelazos de un cuadro, un mural, que plasme las formas, los colores, los matices, las luces y las sombras, de la sexualidad juvenil del mundo contemporáneo: este cuadro no puede ser sino una representación más, una interpretación de las percepciones y valoraciones que los jóvenes expresan a través de sus discursos sobre la sexualidad, sobre el VIH/SIDA, articulados a un conjunto de elementos de su vida: el amor, el estudio, la familia, el entretenimiento, los amigos, la violencia, las drogas, los viajes, los deseos, las expectativas de vida, el futuro, el presente.

Aquí presento cuatro narrativas que intentan delinear, dibujar, mostrar cuatro formas (imágenes, modelos, figuras) distintas, pero no desarticuladas ni desvinculadas entre sí, en que los jóvenes perciben y valoran la sexualidad y el VIH/SIDA (vinculado con ella). Estas formas narrativas, si bien se alimentan de los discursos de los jóvenes,¹ son construcciones que intentan dar una forma concreta a cuatro distintas percepciones y valoraciones de la sexualidad, cuatro formas distintas de posicionarse frente a ella, y cuatro formas distintas de vivirla.

Estas figuras o formas narrativas buscan hacer visibles las complejas redes de significado que se tejen internamente en los jóvenes en torno a la sexualidad, y el lugar que podría ocupar el VIH/SIDA en ellas; es una propuesta para hacer visible el pensamiento de los jóvenes, y las formas en que construyen reflexivamente el sentido y el impacto del SIDA en su mundo y en su sexualidad.

1. Las narrativas toman como base de análisis 12 entrevistas individuales semi-estructuradas realizadas a jóvenes de Guadalajara, entre enero y marzo de 2004, como parte del trabajo de campo de la investigación que la autora desarrolla como tesis de doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Guadalajara. La investigación se encuentra aún en proceso.

Por supuesto que con estas figuras narrativas no se pretende “clasificar” o “encasillar” a los jóvenes en compartimentos separados, sino acercarse a los sentidos, a los significados que construyen los jóvenes en torno a la sexualidad y el SIDA, y el tejido que los soporta; con ellas podrían volverse visibles las relaciones significativas entre sujetos sociales, discursos-prácticas, y condiciones socioculturales. Estas cuatro formas representan cuatro ‘modelos’ distintos de sexualidad juvenil: la sexualidad placentera, la sexualidad amorosa, la sexualidad ordenada y la sexualidad trascendente.

Las narrativas

La sexualidad placentera (la presencia de Dionisio)²

2. Dionisio es personaje de la mitología mundial; conocido entre los griegos como Baco. En su origen era un dios de la vegetación, espíritu de savia de las plantas y del jugo de los frutos, y a la vez de la fecundidad del vino y del animal. Dionisio era el dios que regalaba placer a la humanidad. En los ritos orgiásticos en su nombre, se buscaba el éxtasis y ser poseídos por el dios en un delirio místico. Junto a Dionisio, y en la mitología griega, Eros era el dios responsable de la lujuria, el amor y el sexo, y era también venerado como un dios de la fertilidad; su nombre es la raíz de palabras tales como erotismo. Su equivalente romano era Cupido (“deseo”), también conocido como Amor; se le asocia frecuentemente con Afrodita.

Esta forma de percibir y vivir la sexualidad enfatiza el valor del placer en ella; la sexualidad es percibida principalmente como un escenario de la vida asociado al placer, a la búsqueda del bienestar y la satisfacción que conlleva el hecho de experimentar el placer físico (asociado, por ejemplo, al coito, la masturbación, la eyaculación, la estimulación, el orgasmo, las caricias y el juego sexual, la excitación), y el placer afectivo-emocional (estar con quien se desea, se ama, y sentirse amado).

Para los jóvenes que se adscriben a esta forma de percibir y valorar la sexualidad, la búsqueda del placer físico y/o afectivo-emocional, pertenece al mundo de lo natural, de las necesidades humanas, por lo que, de principio, la sexualidad está exenta de rasgos o características negativas o positivas en términos de moralidad; es decir, al colocar la sexualidad en asociación directa con las necesidades básicas del ser humano, se le despoja de una carga moral específica, sin que por ello se desconozca una carga negativa que radicaría más en mecanismos egoístas de búsqueda de una satisfacción que ignore las necesidades físicas y/o

afectivas del otro ser, o incluso que se abuse de él en beneficio sólo personal.

En esta modalidad, la conquista de la sexualidad-placer requiere tiempo y experimentación, destreza y conocimiento, a través de los cuales es posible llegar a dominar el mapa y las rutas por las que hay que transitar para el logro de los objetivos (obtención de placer, satisfacción y bienestar). El conocimiento del cuerpo humano, de las zonas sensibles (erógenas) del cuerpo femenino y masculino, las respuestas a los estímulos, son capital necesario para lograr el éxito en esta búsqueda.

¿De qué forma el logro del placer puede verse afectado por la amenaza de presencia del virus del SIDA? En esta narrativa el VIH/SIDA adquiere un contradictorio doble rostro: el de amenaza en tanto se le considera una posibilidad de infección como resultado de prácticas desprotegidas y riesgosas, y el de potenciador al enfrentar un riesgo e incrementar la producción de adrenalina. Frente a la amenaza, el uso del condón como mecanismo de protección puede restar placer a la sexualidad, en tanto disminuye la sensibilidad, interrumpe el juego sexual (fase de excitación), requiere concentración, destreza y habilidad para su colocación y uso correcto, puede generar irritaciones (alergias); sin embargo también se puede restar placer a la experiencia sexual en el caso de la no utilización del condón: al experimentar el miedo, la angustia y el temor frente la posibilidad de haber sido infectado por el VIH.

Esta forma de percibir la sexualidad implica reconocer que el propio cuerpo y el cuerpo del otro se convierten en territorios privilegiados para experimentar (dar y obtener) placer; el VIH/SIDA es simultáneamente amenaza y fuerza para la experiencia placentera, y la infección por VIH sería el resultado de una transgresión de las normas y prácticas de protección (práctica de sexo protegido: uso adecuado y oportuno del condón).

3. Afrodita, en la mitología griega, es la diosa del amor y la belleza; su equivalente romana es Venus. En *La Ilíada* de Homero aparece como la hija de Zeus y Dione, una de sus consortes, pero en leyendas posteriores se la describe brotando de la espuma del mar y su nombre puede traducirse como "nacida de la espuma". Diosa del amor, de la fertilidad y la belleza. Afrodita e Ishtar fueron nombres diferentes para la misma diosa del amor y del placer.

*La sexualidad amorosa (la herencia de Afrodita)*³

Este "modelo" concibe la sexualidad como un espacio-territorio de llegada de la ruta del amor; las relaciones sexuales y especialmente las coitales son resultado de un sentimiento amoroso, de compromiso y entrega, no una necesidad física (o no sólo una necesidad física). La sexualidad representa el espacio y la práctica privilegiada para expresar el amor por el otro, el compromiso adquirido con el otro y la entrega total al otro. Si bien el placer aparece en esta narrativa, no es el motor de la conquista de la sexualidad pero sí resultado de la entrega, el placer de amar y ser amado. La sexualidad es concebida como la máxima expresión de amor entre dos seres: el amor es el motor de búsqueda de la entrega personal al otro a través de las relaciones sexuales. Esta entrega, objetivada en relaciones sexoafectivas y amorosas, produce un nivel de bienestar y satisfacción alto, y la certeza de que es el amor y no el sexo (búsqueda del placer físico) lo que compromete a los sujetos involucrados en una relación íntima.

Para esta narrativa, la presencia de VIH/SIDA en el mundo es resultado de prácticas carnales desprovistas de amor, de entrega, de compromiso; es resultado de ambientes promiscuos donde los involucrados no tienen un lazo que los comprometa y donde la búsqueda del placer deteriora las relaciones. Cuando existe compromiso, entrega y amor, difícilmente el VIH/SIDA llega a la vida de las personas (el amor es razón suficiente para la fidelidad mutua y la monogamia); si el VIH/SIDA llega a aparecer en relaciones de compromiso y amor, se le convierte en una prueba indiscutible de amor que hay que superar en comunión con el otro; "el amor todo lo puede, el amor todo lo soporta". El cuerpo se constituye en vehículo de expresión de amor hacia el otro.

*La sexualidad normada
(la influencia de Temis)⁴*

El eje central de esta forma de percibir la sexualidad es el orden, la norma, lo establecido. La sexualidad y sus expresiones se perciben como una etapa de la vida de los seres humanos, "cada cosa a su tiempo"; la sexualidad es expresión vital que tiene asignada una etapa definida dentro de la vida de cada individuo, y tiene delimitada la edad de ingreso y la de egreso (ritos de iniciación, ritos de despedida). La sexualidad que se expresa en las relaciones sexuales es identificada como una etapa a la cual se llega cuando el cuerpo, la edad y las consecuentes normas sociales lo establecen (supone una articulación y coincidencia de aspectos biológicos, psicológicos y sociales), y a la cual hay que llegar en el momento preciso, ni antes ni después. Esto implica para los individuos y las sociedades preocuparse (ocuparse como obligación) por tener una preparación adecuada y suficiente, y entrar a la etapa correspondiente con la información precisa, pero no llegar antes (ni adentrarse en ella) ni mantenerse en ella más tiempo del que corresponde.

Esta forma de percibir la sexualidad y su ejercicio marca claramente los límites de lo permitido y lo prohibido, asociados a una ecología y una ética social. La sexualidad está claramente identificada con ciertas funciones biológicas y sociales como la reproducción de la especie (procreación), y la reproducción y mantenimiento de la sociedad (familia y descendencia), porque ha de vivirse y ejercerse dentro de un marco normativo específico al que hay que respetar: las prácticas sexuales tienen por objeto la reproducción sin que ello necesariamente impida o niegue la posibilidad de obtención de placer o bienestar afectivo-emocional; aunque éstos, el placer y el bienestar, sean considerados aspectos secundarios (respecto de la reproducción).

La conquista de la sexualidad en este "modelo", requiere un conjunto de "cualidades o destrezas": conocer cuál es el tiempo/etapa establecido (permitido,

4. Temis o Themis (que significa "ley de la naturaleza" más que "autoridad humana"), la del "buen consejo", en la mitología griega era la encarnación del orden divino, las leyes y las costumbres. Los helenos la llamaban "el orden establecido", "la conducta a seguir". Cuando se le hace caso omiso, Némesis trae el justo y colérico castigo. Temis presidía la correcta relación entre hombre y mujer, la base de la familia legítima y ordenada.

legítimo) para llegar a vivir la sexualidad, así como saber qué etapa se vive (en lo individual); respetar ese límite de tiempo/etapa que establece la naturaleza/sociedad para vivirla y practicarla; obtener la información necesaria y mantenerse “al día” de lo necesario para el logro de los fines de la sexualidad (para la reproducción y sus mecanismos de regulación, con el objeto de vivirla con responsabilidad social); conocer y respetar las normas y los roles sociales asignados para cada género en beneficio de mejores relaciones y mejores resultados. La observación (percepción-introyección) de las prácticas sexuales de los adultos y las consecuencias de ellas, se convierten en uno de los “textos de aprendizaje” más significativos y elocuentes.

En esta narrativa, al cuerpo y a sus cambios (físicos) se les construye como mapas que permiten transitar y observar las rutas que se abren o cierran; al cuerpo se le construye como un manual que puede mostrar cuándo está listo para la procreación (menarquía-espermarquía), el cuerpo muestra cuándo ha dejado de estarlo y no lo estará más (menopausia-andropausia); con el cuerpo construido como mapa, la sociedad establece cuándo, dónde, cómo y con quién habrá de establecer relaciones apropiadas para la reproducción. De esta manera, la construcción simbólica del VIH/SIDA gira en torno a la observancia/ inobservancia de estas normas, el seguimiento o rompimiento de la prescripción explica la presencia del VIH/SIDA en el organismo propio y ajeno; la “violación” de los límites de la edad (precocidad), de los límites de la práctica (promiscuidad), de los límites de la norma y del modelo (homosexualidad, transexualidad), de los límites del compromiso (infidelidad) se constituye en causa de la existencia del virus y la enfermedad.

*La sexualidad trascendente
(el pensamiento de San Agustín)*⁵

En este “modelo” la sexualidad se percibe como una realidad compleja y dual; por un lado es el aspecto más potente de la realización humana-espiritual al expresar lo más profundo del ser y su relación con la fuerza creadora del universo y del cosmos, y por otro lado es también el terreno en el cual el ser humano muestra su parte “animal”, salvaje y primitiva, la parte anclada a lo terrenal, lo placentero, lo pedestre. Esta conjunción paradójica y compleja de dos caras, dos extremos, dos sentidos aparentemente contradictorios muestra una sexualidad “jaloneada” entre lo sublime-espiritual de la naturaleza humana y lo corpóreo-salvaje, entre la búsqueda de la trascendencia y del placer, entre la búsqueda de la comunión espiritual y de la fusión corporal.

A partir del reconocimiento de una compleja realidad compuesta por elementos contradictorios, la sexualidad es construida como un terreno-espacio-escenario en el cual el ser humano puede (debe) trascender y trascenderse a sí mismo si logra “conquistar” y “controlar” los impulsos salvajes que lo atrapan en lo corporal y que lo impulsan a la búsqueda sólo del placer físico (desahogo de sus necesidades sexuales), contradiciendo así el llamado a la trascendencia y olvidando que sólo al trascender puede encontrar el sentido verdadero de su ser. Esta narrativa está anclada y se inspira en la dualidad-separación histórica cuerpo-alma, materia-espíritu. El cuerpo es concebido como un ancla, un peso que hay que cargar y resolver, un peligro en tanto impulsa y lleva la marca de la naturaleza animal, por lo que debe ser objeto de control y disciplina permanente.

En esta forma de concebir la sexualidad y su ejercicio, el VIH/SIDA ocupa un lugar específico al conformarse como la marca de la transgresión directa a la llamada a la trascendencia que todo ser debe buscar;

5. San Agustín nació en Tagaste (África); se convirtió al cristianismo después de su juventud, pasando antes por muchas religiones y corrientes filosóficas. Sostuvo la idea bíblica de que Dios creó el mundo de la nada (los griegos por ejemplo tendían a pensar que el mundo existió siempre). El pensamiento agustiniano sostiene que el mal es la ausencia de Dios, y es resultado de la desobediencia de los hombres; también sostiene que el hombre no es un compuesto sustancial de cuerpo y alma, si no que es esencialmente un alma que se sirve del cuerpo, lo posee y lo gobierna. El alma es creada directamente por Dios en cada caso; por esta razón ella siempre estará tendiendo hacia él como su centro de gravedad. San Agustín concibió la historia como una lucha trágica en la humanidad entre el bien, expresado en la lealtad a la “ciudad de Dios” o comunidad de los santos, y el mal, identificado en la ciudad terrenal y simbolizado a través de sus valores materiales.

es la marca de la caída, del dominio de lo carnal por encima de lo espiritual, la marca del triunfo de lo físico-carnal por encima de lo espiritual. La presencia del VIH/SIDA se explica como resultado de prácticas contrarias a la trascendencia, al dominio; es muestra de la victoria de lo carnal por encima de lo espiritual.

A manera de un cierre tentativo

En estas cuatro formas de percibir la sexualidad, el VIH/SIDA parece construirse, explicarse, vincularse al concepto de transgresión. Puede verse como un riesgo de la sexualidad contemporánea, pues antes el virus no existía, y se le construye como señal, evidencia, resultado de prácticas de transgresión de límites, órdenes, valores, sentidos de vida.

En estas cuatro narrativas construidas, el VIH/SIDA vinculado al ejercicio de la sexualidad, tiene variaciones, caras y características diversas de la transgresión; tiene sentidos y explicaciones distintos al ser vinculado a diversas formas de concebir y construir la sexualidad. Si bien existe evidencia del esfuerzo de diversas instituciones sociales por construir al VIH/SIDA como un riesgo para los jóvenes, para estos sujetos sociales el VIH/SIDA no parece constituir un riesgo insalvable ni un obstáculo para la conquista (el ejercicio) de la sexualidad, sea ella percibida y valorada como placer, como expresión de amor, como norma orientada al orden, o como camino para la trascendencia. El VIH/SIDA vinculado a la sexualidad es más una marca, un resultado, una evidencia, que se coloca en el “después”, y no en el “antes” de las prácticas sexuales juveniles.

Al volver a las preguntas iniciales de este trabajo —¿Es posible pensar que los jóvenes son portadores y constructores de valores diferentes de aquellos característicos de generaciones de mayor edad? ¿Es posible pensar que uno de los cambios sociales importantes del mundo contemporáneo se dé en el campo de la sexualidad? ¿Es plausible pensar en la

configuración de un nuevo orden sexual?— se torna difícil afirmar o negar de forma contundente la existencia de un cambio radical en la cultura sexual contemporánea impulsado por los jóvenes.

En mi opinión, habría que señalar al menos una cuestión, entre otras que seguramente existen: es plausible hablar de algunos signos de transformación presentes en las prácticas y en los discursos juveniles en torno a la sexualidad, y quizá la existencia de diversos modelos o formas de percibir y valorar la sexualidad (como oportunidad, como posibilidad, como alternativa) lo que podría revelar una relativa diversidad sexual plausible y una mayor apertura de los jóvenes a reconocer la existencia y la potencia de otros modos distintos (y diversos) de vivir su sexualidad. Son sólo pincelazos.